

dos á hacer fuego á nuestros hermanos?» «Vosotros no estais ahí—les respondió Roederer—sino para guardar la casa del rey é impedir que se fuerce la entrada de ella. Los que llegasen á hacer fuego, no serian ya vuestros hermanos.»

Estas palabras parece que tranquilizaron algun tanto á los artilleros, que suplicaron á Roederer y á sus colegas que fuesen á repetir las en los patios, en donde los guardias nacionales eran presa de escrúpulos semejantes á los de los artilleros. Roederer y sus colegas atravesaron entónces el vestíbulo y entraron en el patio Real. Este presentaba un aspecto formidable de defensa. A la derecha estaba formado en batalla uno de los batallones de granaderos de la guardia nacional, que se extendia desde las ventanas de palacio hasta la pared del Carrousel. A la izquierda y dando frente á este batallon cívico, habia otro de suizos. Los fuegos cruzados de estos dos batallones hubieran hecho polvo las columnas del pueblo que hubiesen penetrado en el patio por el Carrousel. Entre estos dos batallones habia cinco piezas de artillería apuntadas contra el Carrousel y puestas en batería delante de la puerta principal de las Tullerías, que hubiesen abrasado á los sitiadores por aquella parte, al mismo tiempo que las otras cinco que estaban colocadas á la puerta del jardin los hubiesen hecho trizas por uno de los flancos. Semejantes disposiciones hacian aparecer los patios inexpugnables. La diputacion departamental se fué en derecha del batallon de la guardia nacional. Roederer, colocándose en el centro de él, le arengó en términos precisos, firmes y moderados, cual conviene á un órgano impasible de la ley. «Nada de ataque,—les dijo,—un continente firme, y mantenerse tambien con firmeza á la defensiva.»

V

Los guardias nacionales no manifestaron ni entusiasmo ni vacilacion. El procurador síndico se fué al medio del patio para dirigir la misma alocucion á los artilleros. Estos se alejaron con afectacion hasta una distancia fuera del alcance de la voz de aquel magistrado, para no oír una intimacion que estaban resueltos á desobedecer. Uno de ellos, sin embargo, hombre de un exterior marcial y de una fisonomía resuelta, acercándose al síndico, le dijo: «¿Estareis tambien ahí si nos hacen fuego?» «Aquí estaré,—contestó Roederer,—y no detras de las piezas, sino delante, á fin de que si alguien debe perecer en este dia, seamos nosotros los primeros que perezcamos en defensa de las leyes.» «Estarémos todos»,—dijeron á una voz los demas miembros del departamento. Al oír esto el artillero, con una accion más expresiva que todas las palabras, descargó la pieza, echó la carga en el suelo y apagó la mecha poniéndole el pié encima. La ley quedó con esto desarmada ante el pueblo. Este aplaudió al artillero desde lo alto de las tapias del Carrousel.

Miéntas el departamento fracasaba en sus negociacionés con los artilleros, unos oficiales municipales entregaban á los suizos la órden de rechazar la fuerza con la fuerza. A los pocos pasos, unos emisarios marseleses que habian penetrado en los patios arengaban á aquellos soldados extranjeros para comprometerlos á que no hiciesen fuego á los patriotas, que querian ser libres y republicanos como ellos. De repente se oyó llamar muy de prisa y muy fuerte en la puerta Real. Roederer acudió inmediatamente á aquel punto y mandó abrir un postigo. Entónces entró un jóven delgado y pálido, que era oficial de los artilleros de la insurreccion. Este

hombre, que era uno de los exaltados, dijo que su gente queria trasladarse á la Asamblea y bloquear al Cuerpo legislativo hasta que decretase la caducidad del rey, y añadió que el pueblo tenia doce piezas en el Carrousel. «Nosotros pedimos—prosiguió—que se nos permita pasar por el palacio y por el jardin para ir á hacer presente el voto del pueblo á la Asamblea; nosotros no queremos hacer ningun mal. Ya veis que todos somos ciudadanos como vosotros. No pensamos atentar contra la libertad de la Asamblea; al contrario, queremos volverle su libertad, sofocada bajo las conspiraciones de la corte.» Despues de un acalorado diálogo entre aquel jóven y los magistrados, los repetidos golpes que movian la puerta con violencia y el rugido de la multi-



Westermann llamando con su sable en la puerta del patio Real.—Pág. 496.

tud, á cada instante en aumento, hicieron que el departamento se retirase de allí á aguardar la hora fatal ó propicia del desenlace.

VI

Previendo la reina que este desenlace se efectuaría al amanecer y que sería sangriento, no queriendo por otra parte que el asalto del palacio y el acero de los marseleses sorprendiera á sus hijos en la cama, les hizo despertar, vestir y conducir á su lado á las cinco de la mañana. El rey y la reina los besaron con más ternura que de ordinario, así como se estrecha con más fuerza aquello que uno cree que va á escapársele. El Delfin estaba alegre y jugueton, como era propio de su edad. Aquella hora de levantarse á que él no estaba acostumbrado, y aquel aparato militar en los cuartos, en el jardin y en los patios, le divertia. ¡Infeliz, que no

sabía en su inocencia que tras del brillo de aquellas armas estaba oculta la muerte! Su hermana, un poco mayor que él, y por consiguiente más reflexiva, comprendía lo cruel de su destino por las miradas de su madre y por las plegarias de su tía. La presencia de estos dos hermosos niños, colocados entre aquellas dos hermosas princesas, conmovió á los guardias nacionales que estaban de centinela en el cuarto, é hizo llorar de entusiasmo y de ternura á los voluntarios que estaban acampados en la galería de los *Carracios*. El mariscal Mouchy y los ministros instaron fuertemente al rey para que fortificase con su presencia aquellas buenas disposiciones, pasando revista á todas las fuerzas á quienes la adhesión á su persona ó la obediencia á la ley reunían alrededor de palacio. Aunque las tropas fuesen en corto número y su resolución no fuese mucha, ¡cuántas veces el aspecto de un príncipe que ha hecho un llamamiento á sus defensores, al verse muy apurado, ha sido suficiente para cambiar enteramente su suerte!

Pero para derramar esta electricidad moral en las masas es preciso que el foco de ella esté dentro de uno mismo. Luis XVI no tenía en su palabra ni en su alma nada que pudiese electrizar á la multitud. Esta buscaba en él un rey, pero no hallaba sino un padre de familia. En él el exterior mismo del hombre quitaba todo el prestigio al rey. Si aquellos batallones indecisos hubiesen visto salir de palacio al rayar el día un príncipe joven y fogoso, colocado á la cabeza de sus defensores en un brioso corcel, y dispuesto á jugar su vida contra aquella fortuna que favorece á la juventud; si se les hubiese ofrecido un anciano de erguida frente y encanecidos cabellos, que hubiese hecho un llamamiento á la compasión de su pueblo, último recurso en reveses de esta naturaleza; si algunas palabras lanzadas desde su corazón á los de sus soldados hubiesen circulado de fila en fila é impreso una de esas corrientes de emoción marcial que arrastran tan fácilmente á los hombres cuando hay muchos reunidos; si una bandera, una acción ó una espada desenvainada á tiempo hubiese fascinado los ojos y hecho doblar aquel bosque de bayonetas bajo el más ligero estremecimiento de entusiasmo, no hay duda en que se hubiera peleado, se hubiera vencido, y la Constitución, afianzada por una victoria, se hubiese sostenido algunos meses más.

Pero Luis XVI no tenía en su persona ni la gracia ni la juventud que seduce, ni la majestad de la ancianidad que entenece á los hombres. Nada marcial revelaba en él su jefe al soldado, su padre al pueblo. En vez de vestir un uniforme y de montar á caballo, estaba á pié, con un traje morado, color de luto en los reyes, sin botas, sin espuelas, con medias blancas de seda, con el sombrero debajo del brazo, con el cabello rizado y empolvado desde el día anterior, sin que hubiese habido una mano diligente y amiga que hubiera arreglado en aquel peinado el desorden consiguiente á los sueños de un momento y á las agitaciones de aquella noche. Su mirada tímida, no por el miedo, sino por hábito, era indecisa y vaga; en su boca se veía la sonrisa graciosa, pero oficial, de todas las horas de su vida de príncipe; finalmente, sus pasos eran pesados y vacilantes, y su postura cuando se paraba era estar inclinado, ya hacía uno, ya hacía otro lado, con la rodilla doblada y sosteniéndose sobre un solo pié como en las frías recepciones de la corte. Su persona carecía enteramente de acento; esperábase todo de él, y nada inspiraba. Preciso era reflexionar para enternecerse al verle, y en esta revista no le acompañaba otro prestigio que el del abatimiento en que se le veía.

Sin embargo, sólo la presencia de aquel rey arrancado al sueño por la insurrección, así como la de la reina y su cuñada vestidas de luto, y la de aquellos niños á quienes las princesas llevaban de la mano, yendo á solicitar con ellos por aquellos salones y patios el socorro de sus fieles amigos, á excitar la compasión de sus enemigos y á recordar el honor al soldado, eran por sí solas más elocuentes que todos los discursos y las arengas más sublimes. El rey decía medio entre dientes algunas frases que apenas se entendían, y siempre las mismas: «¡Y bien, señores!... Dicen que vienen á palacio... Yo no sé lo que quieren... Verémos... Mi causa es la de la Constitución y la de todos los buenos ciudadanos... Harémos nuestro deber, ¿no es así?...»

Estas palabras, dichas y repetidas cien veces de trecho en trecho, no eran interrumpidas sino por alguna que otra exclamación harto rara y por el ruido de los fusiles al presentar las armas al pasar el rey por delante de ellas. Esto era lo suficiente para que se guardase moderación y áun cierto respeto en aquellos sitios; pero no bastaba á la gravedad del momento. La reina, que seguía al rey sin apartarse de él un instante, daba algún realce á aquellas palabras por su noble actitud, por el movimiento altivo y gracioso á la vez de su cabeza y por la expresión de sus miradas. Ella hubiese querido poder inspirar su alma al rey, y sufría mucho por no serle dado revelar sino con su actitud, con el carmin de su rostro y con su muda emoción los sentimientos que su sexo le obligaba á tener ocultos en su seno. Notábase que lloraba interiormente, pero veíase también que el valor y la dignidad de que estaba dotada secaban sus lágrimas en cuanto querían saltar. Su respiración era ahogada, y se veía palpar su seno. Sus facciones, fatigadas y pálidas por el insomnio, estaban, sin embargo, sujetas á su voluntad y avivadas por la intrepidez de su alma; sus ojos parecían un relámpago continuado, dirigiéndose á todos cuantos la miraban. Aquella fijeza vaga de su vista, si es permitido expresarse así; aquella mirada que imploraba, removía y desafiaba á la vez, según eran amigos ú hostiles los rostros á quienes se dirigía; la ansiedad con que buscaba en las fisonomías la impresión que habían hecho en los corazones las palabras del rey; su labio superior algún tanto remangado y trémulo, las ventanillas de su nariz más abiertas aún que de ordinario por la emoción viva que sufría, la postura de su cabeza más erguida cuanto mayor era el peligro, su paso triste y lento, sus brazos caídos, sus ademanes altivos, las señales aún recientes de aquella belleza que empezaban á marchitar los años y las desgracias, el recuerdo de las adoraciones que había recibido en aquellos mismos salones en donde imploraba en vano el auxilio de algún brazo protector, aquellos rayos solares que penetrando en los aposentos ondulaban sobre su frente, tan vacilantes cual la diadema que pocos momentos ántes ceñían aún sus sienes; aquellas armas tan distintas, aquellas turbas, aquellas aclamaciones y aquel silencio triste por medio del cual atravesaba con el abatimiento en el alma y el orgullo en el semblante: todo esto imprimía en su persona cierta majestad de valor, de dignidad y de tristeza, que igualaba á los ojos de los espectadores la solemnidad de la escena y la grandeza del acontecimiento. María Antonieta era entonces la *Niobe* de la monarquía, era la estatua del trono, que aunque derribada de su pedestal, no se había manchado ni quedaba degradada con su caída. Jamás apareció ni fué tan reina como en aquel día de funesto recuerdo.

Sí, fué reina á pesar de su pueblo y á despecho de la suerte. Su aspecto enterneció en lo interior de palacio á los guardias nacionales más indecisos, y les obligó á desvainar los aceros. Guardias suizas, gendarmería, granaderos, voluntarios, caballeros, paisanos, pueblo, todas las armas, todos los puestos, todos los salones y todas las escaleras resonaron con igual entusiasmo al verla pasar por delante de ellos. Todas las miradas, todos los ademanes y todas las bocas le prometieron perder mil veces sus vidas por salvar la suya. La palidez de las grandes emociones estaba pintada en los rostros de todos; las lágrimas corrían por las mejillas de los más valerosos guerreros. Llena de seducción para la guardia nacional, de benévola dignidad para los guardias suizos, de gracia y de dulce abandono para sus amigos, fué, al pasar por entre las filas de los caballeros que estaban en la galería grande, el objeto de un culto caballeresco. Unos le pedían su mano para besarla, otros le suplicaban que se dignase tocar sus armas, éstos arrojaban sus capas al suelo para que pasase por encima de ellas, aquéllos, más familiares que todos los demás, cogían al Delfin por el cuerpo y le levantaban por cima de todas aquellas cabezas como una bandera viva por la cual juraban derramar hasta la última gota de su noble sangre.

Al ver este entusiasmo, entusiasmase también la reina, y cogiendo un par de pistolas que llevaba en el cinto Mr. Maillardoz, comandante de los suizos, se las presenta al rey diciéndole: «¡Este es el momento de mostrarse rey, ó de perecer con gloria rodeado de sus amigos!» El cogió las pistolas y las volvió á poner en el sitio de donde las había sacado la reina; parecióle que el verle con aquellos instrumentos mortíferos le haría perder su popularidad, y que su mejor defensa á los ojos de los ciudadanos consistía en la inviolabilidad que le concedía la ley.

El rey, después de haber visitado todos los puestos del interior de palacio acompañado de su familia, bajó al vestíbulo de la escalera principal, é hizo subir á las habitaciones altas á la reina, á madama Isabel y á los niños, queriendo acabar solo la revista de las fuerzas situadas en la parte exterior. Temió que la reina, tan entusiasmada ante el pueblo, tuviese que sufrir algún nuevo ultraje, ó que corriese tal vez algún riesgo personal al pasar por delante de los batallones.

Luis XVI se adelantó entonces hacia el patio Real acompañado de Mrs. de Boissieu y de Menou, mariscales de campo encargados del mando de las fuerzas que custodiaban el palacio, de Mrs. de Maillardoz y de Bachmann, jefes superiores de los suizos, de Mrs. de Lajard, antiguo ministro de la Guerra, Dubouchage, ministro de Marina, y del príncipe de Poix-Noailles, antiguo capitán de guardias de corps. El ruido de las bandas que hacían los honores, las voces de mando de los jefes, las aclamaciones de aquella porción de realistas que se asomaban por las puertas, por las ventanas y por los balcones del palacio, tirando al aire sus sombreros y gritando ¡Viva el rey!, todo esto junto entusiasmó algún tanto á los batallones, de cuyas filas salió alguno que otro grito de fidelidad. La reina, madama Isabel, las damas y los gentileshombres de servicio lloraban de alegría al contemplar desde el balcón de la sala de los Guardias aquellas demostraciones; pero esta alegría fué inquieta y de corta duración. Dos batallones dudosos entraron en los patios mientras el rey pasaba la revista. Silenciosos y taciturnos, contrastaban extraordinariamente con los batallones adictos al monarca. Los artilleros, que tampoco habían tomado parte en el entusiasmo general, fueron á frater-

nizar con los batallones recién llegados. Mr. de Boissieu juzgó que la prudencia aconsejaba alejarlos de allí, y mandó que fuesen á tomar posición lo más lejos posible, sobre el terraplen que está al lado del Sena. Desfilaron por delante del rey en cuanto se les comunicó la orden del general, pero lo hicieron dando el grito de ¡Viva la nación!

Desde los patios pasó el rey al jardín. Los batallones realistas de los barrios de *Petits-Peres* y de las Hijas de Santo Tomás, formados en batalla á derecha é izquierda de la puerta principal en el terraplen de palacio, se cubrían con sus bayonetas, con su decisión y con sus juramentos de fidelidad. Unos granaderos rodearon al rey y le suplicaron que fuese á pasar revista á sus camaradas, que estaban colocados á la extremidad del jardín en el puente levadizo, para sostener aquel punto tan interesante. Luis XVI se arriesgó á ir hasta allí, á pesar de las observaciones que le hicieron prudentemente algunas personas de su séquito, temerosas de que fuese atacado en el camino por los batallones de las picas, que estaban formados en el terraplen que está á orillas del río.

La régia comitiva, á pesar de su corto número, atravesó el jardín en toda su longitud sin el menor contratiempo. Los granaderos del puente levadizo se manifestaron llenos de decisión y de energía; mas la guardia nacional, así como el resto de Francia, estaba dividida en dos bandos. Apenas se hubo apartado el rey del puente levadizo, para volverse á palacio, cuando los batallones de las picas,



La familia real se traslada á la Asamblea.—Pág. 500.

los del arrabal de San Marcelo y los dos que habian entrado en el patio cuando el monarca estaba pasando la revista, como ya hemos dicho ántes, prorumpieron á una voz en insultos y amenazas contra la corte. Este infernal bullicio llegó muy pronto á los cuartos de las Tullerías. La reina, que estaba sentada en el del rey, reposando un poco de tantas fatigas, rodeada de sus hijos, de su cuñada, de los ministros y de Roederer, se sobresaltó al oír aquel alboroto. Uno de los ministros corrió precipitadamente á una ventana á ver qué era aquello, y la reina le siguió con gran velocidad. El ministro la hizo apartarse respetuosamente, cerrando la ventana para que no pudiese ver los ademanes insultantes y las furiosas amenazas que dirigian al rey aquellos hombres. «¡Gran Dios!—dijo la reina.—¡Están asesinando al rey! ¡Estamos perdidos!» En seguida volvió á caer en el mayor abatimiento entre estas alternativas de vida y muerte.

El rey volvió entónces desenchajado, cubierto de sudor, con la desesperacion en el alma y el rubor en el rostro. Durante todo el tránsito desde el puente levadizo á las Tullerías habia bebido hasta las heces la copa de la desesperacion y de la ignominia. Luis habia visto blandir á lo léjos contra su persona los sables, las picas y las bayonetas que estaban reunidas allí para defenderla. Habia visto igualmente los puños cerrados en señal de amenaza, los gestos que significaban á las claras el degüello, habia oído los apostrofes cínicos, y habia presenciado los accesos de rabia de algunos de aquellos furiosos que se esforzaban por bajar desde el terraplén al jardin para echarse sobre el rey y su débil escolta, y que contenidos á duras penas por sus mismos camaradas, desahogaban su ira contra el monarca siguiéndole desde arriba y vomitando maldiciones, hasta que éste hubo atravesado los umbrales de las puertas de palacio. Un hombre vestido de guardia nacional y de un aspecto siniestro seguia todos los pasos del rey, y á cada instante buscaba algo debajo del uniforme, que sin duda sería un puñal; pero como la escolta que llevaba Luis, aunque era insignificante para salvarle si le hubiera acometido la multitud, era imponente para un hombre solo, por valiente y determinado que fuese, éste no se atrevió á llevar á cabo el regicidio, si es que lo intentaba. Además, un granadero marchó constantemente entre el rey y el presunto asesino, observando hasta sus más indiferentes movimientos. Este leal vasallo, al volver á su puesto despues de haber dejado al rey en salvo, se desmayó al considerar la horrorosa escena que habia estado expuesto á presenciar.

Apénas Luis XVI entró en palacio, cuando los dos batallones que estaban situados á la orilla del rio salieron de allí por la verja del puente Real con su artillería, y fueron á formarse en batalla en el muelle para aguardar á los marseleses, y reunidos á éstos, atacar el palacio. Otros dos batallones se desbandaron en el patio Real y se volvieron al Carrousel para aguardar á los otros que no habian llegado aún, y para hacer que les siguiesen en su defeccion. Una multitud inmensa de pueblo, de federados de Brest y de insurrectos de los arrabales se agrupó en la plaza alrededor de estos batallones.

VII

Eran ya las siete de la mañana, y el toque de rebato, que habia empezado la noche anterior, no habia cesado aún. Desde la hora en que el pueblo acostumbra

levantarse, las calles, que habian estado desiertas hasta entónces, se llenaron de un gentío inmenso. Aquellas masas populares aguardaban inmóviles la llegada de los batallones de sus respectivos barrios para unirse con ellos. Apénas se notaba un poco de movimiento hácia el Louvre y el Puente Real, en las calles que desembocan desde los arrabales de San Antonio y San Marcelo al centro de Paris. Los dos focos principales del movimiento eran la casa de la ciudad, donde estaban Santerre y Westermann, y el antiguo edificio de los Franciscanos, donde estaba el club de este nombre y en donde habian sido alojados los marseleses.

Los Franciscanos eran, con su club y su cuartel, en el barrio de San Marcelo y en la orilla izquierda del Sena, lo que la casa de ayuntamiento respecto al arrabal de San Antonio y á la orilla derecha del mismo rio; es decir, el corazon y los brazos de la insurreccion. A medianoche, Danton, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Carra, Rebecqui, Barbaroux y todos los principales agentes del club se habian constituido en sesion permanente. Danton, orador de los Franciscanos y al mismo tiempo el hombre de Estado del pueblo, habia mandado que se permitiese la entrada en la sala de sesiones á los marseleses. «¡A las armas!—les habia dicho.—Ya oís el toque de las campanas, de esa voz sonora del pueblo. Esta os ha llamado á socorrer á vuestros hermanos de Paris. Vosotros habeis acudido desde los puntos más lejanos del imperio para defender la cabeza de la nacion, amenazada en la capital por las conspiraciones del despotismo. ¡Ojalá anuncie este toque la hora postrera de los tronos, y la primera de la venganza y de la libertad del pueblo! ¡A las armas, y esto marchará!»

Apénas habia pronunciado Danton estas últimas palabras, cuando la cancion patriótica *Ça ira* resonó á una voz bajo las bóvedas de los Franciscanos. Carra, Fabre d'Eglantine, Rebecqui, Barbaroux y Fournier el Americano habian pasado la noche organizando á los marseleses y reuniendo en torno suyo á los federados de Brest. Otra porcion de federados de distintos puntos se habian unido á aquella columna, colocándose á la cabeza de ella, y todos juntos habian formado un verdadero y formidable campamento revolucionario en los patios y en los demas cuerpitos del edificio de los Franciscanos. Los artilleros de Brest y de Marsella se habian acostado al lado de las piezas, con las mechas encendidas.

Danton se habia retirado de aquellos sitios, mal seguro aún del éxito del combate. Miéntas se le creía ocupado en anudar en algun misterioso conciliábulo los últimos hilos de la conjuracion, se hallaba él en el hogar doméstico, en donde se habia acostado vestido para descabezar el sueño, en tanto que su mujer estaba llorando al lado del lecho conyugal. Este hombre, despues de haber concebido el plan de la conspiracion y dádole impulso, habia dejado la parte de accion á los hombres capaces de llevarle á cabo, y la suerte del pensamiento á la cobardía ó al vigor del pueblo. Esto no lo hacia porque el peligro le intimidase, sino por el profundo conocimiento teórico que tenia de las revoluciones. Danton sabia bien la filosofía de las tempestades, y estaba convencido de que, una vez formadas, es imposible dirigirlas, y de que en las conmociones populares, lo mismo que en las batallas, hay ciertas casualidades contra las cuales no puede hacer el hombre prudente sino echarse á dormir, aguardando el desenlace tal como la suerte lo prepare.